

El viaje a la naturaleza y la educación en España

Eduardo Martínez de Pisón*

Comenta Rousseau: «Jamás he podido hacer nada con la pluma en la mano frente a una mesa y a mi papel. Es durante el paseo entre los roquedales y los árboles... cuando escribo en mi cerebro». «Nunca hago nada salvo durante el paseo, el campo es mi gabinete». Del mismo modo, *Emilio* no leerá a los filósofos, sino a Robinson Crusoe. Igualmente Scheuchzer, también en el siglo de las luces, sólo veía como fecundo el trabajo que nacía del contacto directo con la naturaleza, en los parajes solitarios, más atractivos que Aristóteles.

Pérez de Ayala escribe en 1925: los clásicos sentían que, «por una simbólica afinidad electiva, el hombre ganoso de liberación aspira a la cumbre de las montañas» y que «en la cima de los montes el alma... se sublimiza»; en cambio, San Agustín dice: «los hombres van a admirar las soberbias montañas, el océano inmenso, los torrentes retumbantes, y en esta contemplación se olvidan de ellos mismos... lo sublime no está fuera, en la naturaleza, sobre lo sumo de las montañas, sino dentro de nosotros mismos, en el ápice de nuestro espíritu, más alto que todas las alturas de la Tierra». Esta dualidad se vence en Petrarca, que disfruta entre los montes, los bosques, las fuentes, los ríos y los libros, solitario y libre: cuando culmina con audacia y esfuerzo una montaña se recoge en sí y lee el santo, más allá del naturalismo y de la penitencia, como símbolo de una reconquista de la naturaleza en la cual «los hombres ya no se olvidan de sí mismos» al contemplarla. En 1932 el cura de La Cuesta, en Segovia, acude con recelo a la actuación en el pueblo de las «Misiones Pedagógicas», pero, cuando este grupo termina sus sesiones culturales, se queda leyendo el *Emilio* de Rousseau.

Naturalistas y humanistas del Renacimiento abren un movimiento cultural completo, el viaje a la naturaleza, que adquiere su máximo desarrollo en la ilustración, el romanticismo y el cientifismo de los siglos XVIII y XIX y se extiende a regiones remotas con la expansión colonial europea. Ese movimiento posee complejidad y facetas: científica, literaria, artística, exploratoria, deportiva, utilitaria, ociosa y también ética y educativa. Todas ellas se entrelazan, pero aquí quiero sólo aproximarme a la última, en la que se argumenta la necesidad de acudir a la naturaleza por su especial capacidad educadora.

Señala Terán que en Gesner —cuyos escritos inician con claridad esta actitud en el siglo XVI— «se aúnan el goce estético producido por el bosque, la roca o el brillo y la belleza de una flor alpina con la alegría

RESUMEN

Naturalistas y humanistas del Renacimiento abren un movimiento cultural completo, el viaje a la naturaleza, que adquiere su máximo desarrollo en los siglos XVIII y XIX. Tras Jovellanos, Casiano de Prado enlaza con la gran tradición europea del viaje a la naturaleza, así como Lucas Mallada. El viaje a la naturaleza presenta dos caras, la del descubrimiento del aislamiento y la pobreza de los habitantes de las montañas y el sentimiento de justicia social y la fascinación que se experimenta ante las sierras y las tierras visitadas.

Para la Institución Libre de Enseñanza es fundamental el viaje educador a la naturaleza. Para Giner de los Ríos el paisaje es un todo invisible, una unidad perfecta.

*Catedrático de Geografía Física de la Universidad Autónoma de Madrid

que le produce el conocer las razones de su presencia e incluso de su colorido». Al mismo tiempo, Gesner afirma que todos los años de su vida «ascenderá a varias montañas, o por lo menos a una cada año, en la estación en que la vegetación se encuentra en floración, en parte por el propósito de examinarlas y en parte por el buen ejercicio del cuerpo y para delicia de la mente». Añade Terán: «No puede encontrarse más claramente expresado el sentimiento estético del conocimiento». Estos tres factores —goce en la vivencia, deseo de saber racional y directo, y ningún desdén por el reto físico de la ascensión— componen los tres elementos conjugados que perduran en todas las valoraciones del viaje a la naturaleza desde el punto de vista de su papel educador y constituyen, a la vez, el fundamento de una buena parte del alpinismo



Humboldt observa la prismación regular de los basaltos, en 1803.

A mediados del siglo XVI, Benedikt Marti, llamado Aretius, botánico y humanista, increpa a quienes no aman las montañas y explica el sentimiento de satisfacción espiritual que infunde el recorrido de su naturaleza, mayor que el de otros lugares, la especial vivencia que luego recogerá el romanticismo, junto a la observación rousseauiana de que el campo es el mejor gabinete. Así el monje naturalista Placidus de Spescha, a comienzos del XIX, insiste en los valores básicos del viaje a la naturaleza: el gusto por el ejercicio físico —«me puse en movimiento... volví purificado y ligero como un pájaro»—, la calidad de la vivencia y del conocimiento adquirido, en contraste con el tópico «mundanal ruido»: «me interesaba por todo lo que se presentaba a mis sentidos: por los pájaros... los animales... las plantas..., por el ruido producido en los glaciares, por las rocas que se desprendían de las paredes, por el hielo y la nieve precipitándose en los abismos. Este estrépito y este ruido de tormenta... me alegraban más que el fasto y la música de este mundo».

Esta continuidad de talante es, sin embargo, muy minoritaria hasta el siglo XVIII y no pasa de ser restringida, como todos sabemos, hasta hoy. Sin embargo, adquirió notoriedad con las hazañas y libros de De Saussure, tomó forma de movimiento cultural con Rousseau, Goethe y el romanticismo, y creó un modelo de actitud científica con Humboldt y los naturalistas del XIX: así, en alguna ocasión, se ha apuntado también como una tradición tácita centro-europea en las personas dedicadas

a la docencia, la de que deba mediar una etapa complementaria de «peregrinación», entre las de «formación» y «magisterio».

De Saussure, en efecto, afirmó también que las cumbres hacen más profundo el pensamiento que los gabinetes. Jovellanos encontró más intensas las vivencias en la montaña que en otras partes. Ramond añadió otro de los elementos característicos que se repiten en la apreciación de la realidad natural: la armonía de sus elementos. Pero Ramond subió al Pirineo a experimentar, a reconocer directamente, a observar científicamente, a desentrañar los problemas donde están sus soluciones, es decir, sobre el terreno, en vez de lanzar suposiciones desde el gabinete o el laboratorio: a estos picos —escribe— «se les ha visto de lejos: es necesario verles de cerca. Se les ha visto desde el fondo de los valles: es necesario verles a su nivel, dominar esos valles, esos circos, esos anfiteatros...» Influido desde su juventud por Goethe, no es menor su capacidad simultánea de fascinación por la gran naturaleza. En conexión con el estilo de los autores alpinos, también indica explícitamente el atractivo del esfuerzo físico y del riesgo: «esas mismas fatigas no se dan sin placer ni esos peligros sin encantos». En la misma línea Agassiz mostrará que, para conocer las bases de la glaciología, es preciso «morar en los ventisqueros». Schrader insistirá en que todas las impresiones se dan en un rango mayor en la alta montaña y dará ejemplo con su manera de vivir de un constante acercamiento a la naturaleza.



Berthelot herboriza en el bosque de laurisilva de Tenerife (1834).

En este proceso, el largo viaje de Humboldt, su actitud, sus ideas, sus libros, su competencia tuvieron una influencia decisiva. A partir de él, la «peregrinación» se hará conducta científica, que también observará Darwin. Humboldt cambia doctrinas y aporta nuevos conocimientos fiables, porque maneja datos constatables, recogidos de la observación directa y variada; ésta, junto a la experimentación, conducirá al descubrimiento inductivo de leyes empíricas seriamente fundamentadas. Este rigor dio peso también a sus valoraciones sobre las consecuencias

positivas del contacto del hombre con la naturaleza, más allá que como mero método de trabajo.

Así, escribe: «si reflexionamos acerca de los diferentes grados de goce a los que da vida la contemplación de la naturaleza, encontramos en primer lugar... que el sentimiento de la naturaleza, libre y amplia, fascina nuestra alma y como por una misteriosa inspiración nos revela que las fuerzas del Universo están sometidas a leyes. El simple contacto del hombre con la naturaleza, esta influencia del «aire libre», ejercen un poder tranquilo, suavizan el dolor y calman las pasiones cuando el alma se siente íntimamente agitada... Cuanto de grave y solemne se encuentra en las impresiones que señalamos, se debe al presentimiento del orden y de las leyes, que nace espontáneamente al simple contacto de la naturaleza... Otro goce es el producido por el carácter individual del paisaje, la configuración de la superficie del globo en una región determinada. Las impresiones de este género son más vivas, mejor definidas, más conformes a ciertas situaciones del alma... Ciudadano del mundo, el hombre en todo lugar acaba por familiarizarse con cuanto le rodea... El poder de la naturaleza se revela en la conexión de impresiones, en la unidad de emociones y de efectos que se producen en cierto modo de una sola vez».



Agassiz estudia los glaciares desde su campamento en la morrena del Aar, en 1840.

«La imagen del Cosmos, revelada primitivamente al sentido interior como un vago presentimiento de la armonía y el orden en el Universo, se ofrece hoy al espíritu como el fruto de largas y serias observaciones». La pasión poética por los grandes cuadros naturales comunica de este modo, junto a los detallados reconocimientos y razonamientos del geógrafo, la idea del *Todo*: «El resultado más importante de un estudio racional de la naturaleza es recoger la unidad y la armonía en esta inmensa acumulación de cosas y de fuerzas», primero intuitiva (prebergsonianamente, por simpatía con la materia) y luego demostrada por los datos y el pensamiento: «la unidad en la diversidad de los fenómenos, la armonía entre las cosas creadas, que difieren por su forma, por su propia constitución, por las fuerzas que las animan». Penetrar en estos misterios de la naturaleza, dirá Humboldt, «es como el hombre mejor puede mostrarse más digno de su alto destino». He aquí, pues, no sólo el sentido del acercamiento espontáneo o científico del hombre a la naturaleza, sino los motivos del carácter profundamente educador de esa aproximación.

La idea del *Todo armonioso*, diversamente formulada, es muy antigua en Europa y se puede encontrar quizá desde los presocráticos. De modo más inmediato, aparece en Schelling, que concibe el Todo como una organización en la que se integran las partes en acciones recíprocas. Al igual que en Humboldt, el *Todo*, con carácter ético, vuelve a ser formulado por Ritter, como unión de naturaleza y libertad, como base del hombre en mutua dependencia, como trabazón de la realidad geográfica que se manifiesta formalmente en el paisaje, exteorización del «sistema interno y superior de organización planetaria, que es la expresión de una infinidad de fuerzas, cuyos efectos invisibles están en interacción».



La Tierra de Fuego, según un apunte de Fitz Roy en 1834.

Posteriormente, estas ideas se adaptan a los conceptos ecológicos propuestos por Haeckel, con Vidal de la Blache y con Ratzel. Vidal dice: «todos los progresos que se han alcanzado en el conocimiento de la Tierra se coordinan e iluminan este principio de unidad». A partir de combinaciones de leyes aparece la «forma misma bajo la cual los fenómenos se presentan en la naturaleza»: las realidades naturales, los paisajes; por ello, la noción de Ecología afecta a todos los organismos y a la disposición de los hechos geográficos: «la idea de un medio compuesto, provisto de una potencia capaz de agrupar y de mantener juntos a seres heterogéneos, cohabitando y en correlación recíproca». Esta racionalidad lúcida de Vidal se añade, pues, a la idea general de Ritter: «Todo organismo se forma, en efecto, según encadenamientos que le son propios y en función de lo que le rodea y se revela luego bajo una ley y bajo una forma donde nada está dejado al azar, puesto que éstas se determinan y se estimulan recíprocamente». No cabe duda que la observación de estos hechos, el contacto directo con una naturaleza entendida desde estos principios, enriquece el viaje educador tanto en un sentido general como en el de la enseñanza naturalista. Todavía en 1955 escribe Hans Cloos: «¿Qué es la belleza del paisaje? ¿No es el conocimiento inconsciente del orden interior de la Tierra?».

Pero el ejemplo directo de Humboldt, su viaje concreto, añade una pauta de conducta, un modo de hacer, que da forma a ese trasfondo y se prolonga también a lo largo de la actividad exploratoria y científica del siglo XIX.

Cuando Febvre ironiza a principios de nuestro siglo sobre los sabios sedentarios que hacen largos viajes alrededor de su biblioteca o cuando Saint-Exupéry caricaturiza en el sexto planeta al viejo geógrafo que escribe enormes libros sobre mares, ríos, montañas y desiertos que no conoce, hay detrás un siglo de acción.

Humboldt había criticado abiertamente las viejas ideas derivadas de deficientes observaciones y de imperfectas inducciones; escribía en el *Cosmos* que el objeto particular de esta obra era combatir los errores que tenían su origen en tales defectos de método. Con su saber acumulado en amplias y detalladas observaciones directas y las profundas concepciones que hemos apuntado, podrá decir de la actitud que critica: «es arrogante, como todo lo que es limitado».

Su ascensión al Teide es, además, enlazable con las de Ramond y De Saussure, en todos los órdenes, incluso el alpinístico. Con ello, los requisitos de la tradición viajera a la naturaleza aparecen completos en su actividad y enriquecidos por su aportación: el goce en la naturaleza (estético y vivencial), el sentido de su armonía, la actividad física (el esfuerzo y el riesgo), la calidad moral (la reflexión, el estudio, la audacia), el conocimiento de lo distinto, el desarrollo de la amistad y la comunicación, la observación directa, frente al gabinete, y universal, frente al localismo.



El viajero contemplando el mar de nubes, de Friedrich (1818).

Senancour, en sus *Reveries*, escribe: «sobre los montes salvajes una especie de inmovilidad austera prolonga el tiempo y engrandece el pensamiento... todo es mudo en el mundo visible; pero parece que una voz tranquila, llegada de las profundidades del espacio, expresa elo-

cuentemente... una armonía más sensible, una potencia más duradera...» Este autor tiene la capacidad de expresar la intuición y el sentimiento de la naturaleza en el mundo romántico de modo ejemplar, reuniendo todos los caracteres expresados por los que valoran su acercamiento. En la alta montaña dice: «Mirad, escuchad: no hay nada que haya hecho el hombre. Todo es duradero y de una vigorosa aspereza: nieves de treinta siglos, bosques que sólo las tormentas han abatido, silencio romántico». «Estruendo de glaciares que se resquebrajan, de rocas que se desploman, lenta destrucción, fuerzas imponentes, vegetación apretada, vallejitos animados y hombres de viejas costumbres y corazones jóvenes, que nacen y mueren en el mismo asilo, al pie de las vastas ruinas de un invierno eterno». «Si hay alguien que quiera buscar lo verdadero... que quiera el reposo y la fuerza... vivir todas sus horas... que levante su casa sobre las bases del Titlis». Según Rousseau, «parece como si, al elevarnos por encima del hogar de los hombres, dejáramos allí los sentimientos bajos y terrestres, y que, a medida que nos acercamos a las regiones etéreas, el alma adquiriese algo de su inalterable pureza».



El paisajista en sus viajes,
de Klein, en 1814.

Darwin, con el viaje de Humboldt al alcance de la mano, peregrina como el maestro de la ciencia natural y siente como los poetas de su época: «siempre pienso en mis excursiones en barco, en mis viajes a través de países deshabitados, con una satisfacción que no me hubiera producido ninguna escena civilizada. No dudo de que todos los viajeros recordarán con inmenso placer las sensaciones experimentadas por ellos cuando se han encontrado en medio de un país donde el hombre civilizado no se ha atrevido a penetrar sino rara vez». «Entre las escenas que causaron más profunda impresión en mi espíritu, ninguna tan sublime como el aspecto de las selvas vírgenes... Nadie, según creo, puede penetrar en esas vastas soledades sin sentir una viva emoción... ¿Por qué esos desiertos han causado en mí tan profunda impresión?».

La exploración de los desiertos tiene su edad de oro desde inicios del siglo XIX, con un elevado precio. Según Gabriel «más o menos la mitad de los investigadores del Sáhara encontraron en él la muerte, sobre todo los de avanzada». Hornemann, Mungo Park, Laing... «La Tierra nos enseña más sobre nosotros que todos los libros —escribe Saint-Exupéry—, porque nos resiste. El hombre se descubre cuando se mide con el obstáculo». Por eso quizá Michelet decía: «Quedáos con vuestros sermones y dejad predicar a los Alpes».

Según Reclus, «desde tiempo inmemorial los montañeses de los Alpes sabían que los glaciares avanzan y transportan bloques de rocas desde lo alto de las cimas hasta los valles; pero la mayor parte de los geógrafos lo ignoraban, encerrados en sus tristes gabinetes».



La primera lápida a Giner en la Pedriza, colocada en 1915.

Von Buch sube al Teide en 1815, como tantos otros, para interrogar directamente al volcán sobre su origen. Charpentier escucha a un cazador de gamuzas, también en 1815, explicar por primera vez el antiguo origen glaciar de los bloques erráticos del valle del Ródano. La montaña predice dos de sus más importantes teorías geográficas. Michelet ensalza esta actitud: «Dice el cazador: Voy en busca de alguna presa. El escalador: subo a ver a lo lejos. Y yo digo: Para hacer un libro». Es la proposición de Rousseau —«haría un libro sobre cada grama de los prados»— y el ejemplo de tantos naturalistas, montañeros y exploradores. «La gloria de M. de Saussure —insiste Michelet— no consiste tanto en su ascensión y en los experimentos que hizo, como en el libro que nos ha dejado». Andando el tiempo, escribirá Gabriel en 1961: «La investigación de los desiertos de la Tierra ha de ser agradecida, no solamente a los exploradores... sino también a los investigadores, que son en primer lugar estudiosos, en segundo viajeros».

Reclus va más allá: «Verdad es que he sufrido, pero vencí y cumplí mi deber. Este sentimiento hace su fuerza en aquellos que han de llevar a cabo realmente la misión científica de escalar una cima peligrosa, ya para estudiar rocas y fósiles, ya para enlazar una red de triángulos y levantar el plano de una comarca. Estos tienen derecho a su propio aplauso después de haber conquistado la altura; si en su viaje les ocurre una desgracia, merecen el dictado de mártires. La humanidad agradecida debe recordar sus nombres, bastante más nobles que los de tantos supuestos grandes hombres».

Sin embargo, reconoce que «Saussure no ha pasado tantos años con la mirada fija en la cúpula del Mont Blanc... con el único fin de ser útil a la ciencia... no tuvo sólo el gusto de poder hacer observaciones nuevas: debió de entregarse también a la inocente dicha de haber conquistado por fin el rebelde monte». Reclus incluye explícitamente tam-

bién, como Gesner o Ramond, junto a la actividad científica, el «disfrute de este júbilo de la conquista después del esfuerzo» y de haber vencido el riesgo: «el escalador tiene más amor a la montaña cuanto más expuesto ha estado a perecer». Por eso, dignamente, reclama la protección de su naturaleza para evitar que «el viajero que va en busca de emociones encuentre allí bizcochos, licores y poesías a la salida del sol», ya que los valores apreciables de vivencia del mundo natural exigen ciertas condiciones para que puedan darse, incompatibles con urbanizaciones y turismo gregario: «papanatas», «ascensores mecánicos», «hombres ociosos y estragados». Topffer, alpinista del siglo XIX, decía: «En un viaje, el placer no pertenece sino a quienes saben conquistarlo, y no a los que no saben más que pagarlo».

Educar es además inculcar firmeza «no sólo contra las desgracias posibles, sino también, y más aún, contra las facilidades de la vida», escribe Reclus. «La verdadera escuela debe ser la Naturaleza libre, con sus hermosos paisajes para contemplarlos, con sus leyes para estudiarlas, pero también con sus obstáculos para vencerlos. No se educan hombres animosos y puros en salas estrechas con ventanas enrejadas».



Menéndez Pidal inaugura el Monumento Natural al Arcipreste en la Sierra de Guadarrama.

Reclus aprecia incluso el baño en el torrente, la alegría de la utilización física directa de la naturaleza. A los niños, aconseja, «hágaseles pasear por los glaciares y ventisqueros, lléveselos a escalar las elevadas cumbres... aprenderán fácilmente lo que no les podría enseñar ningún libro... se habrán encontrado frente al peligro y lo habrán arrosado alegremente. El estudio será un placer para ellos y su carácter se formará en la alegría». Por eso la montaña debe conservarse, porque, «¿dónde huiré si la naturaleza se afea?... la montaña es siempre el retiro más benigno para quien huye de los caminos abiertos por la moda», para quien quiere «disfrutar apaciblemente de la intimidad con la roca, el insecto y el tallo de hierba».

Si esto ocurre es porque «la montaña que me albergó tanto tiempo es hermosa y serena entre todas por la tranquila regularidad de sus rasgos... el conjunto del monte presenta un aspecto general que se armoniza con el de la cumbre... no cesa de ofrecer la montaña una especie de ritmo soberbio a quien la recorre para conocer su estructura... Desde la cumbre... fúndense las manchas con cuanto las rodea en un *todo armonioso*».

Por eso, «para apreciar en conjunto la arquitectura de la montaña hay que estudiarla y recorrerla en todos los sentidos, subir a todos los peñascos, penetrar en todos los alfoces».



*Institucionistas en el Pirineo
(1924).*

Eliseo Reclus, cuando comienza a escribir los dos grandes tomos de *La Terre*, lo hace «no en el silencio del gabinete, sino en la libre naturaleza», junto a los rápidos del Shannon, sobre la hierba, como en un cuadro de Caspar David Friedrich, mientras «los rayos oblíquos de un sol de otoño doraban estas primeras páginas y hacían temblar sobre ellas la sombra azulada de un arbusto agitado». Reclus dice con energía: «he contemplado la naturaleza con una mirada a la vez inocente y orgullosa», «he recorrido el mundo como hombre libre» y «he tenido la felicidad de ver con mis propios ojos y estudiar casi todas las grandes escenas de destrucción y renovación, aludes y movimientos de los hielos, surgencias de fuentes y pérdidas de ríos, cataratas, inundaciones y deshielos, erupciones volcánicas, hundimientos de acantilados, apariciones de bancos de arena y de islas, trombas, huracanes y tempestades. No es sólo a los libros, es a la misma tierra a la que me he dirigido para tener conocimiento de la tierra».

En este cuadro debe entenderse, con minoritarios precedentes propios, la actitud de algunos españoles que se incorporan a este movimiento en sus diversas facetas, entre ellas la educadora. Tras Jovellanos, habría que resaltar a Casiano de Prado, cuyo viaje a Picos de Europa en 1853 enlaza abiertamente con la tradición europea que hemos señalado.

Efectivamente, desde las primeras líneas de su relato conecta con esta línea naturalista: «En el verano del año 1741 dos ingleses se dirigieron al corazón de los Alpes sin otro objeto que contemplar de cerca el imponente espectáculo» de la naturaleza; «en memoria de su expedición dejaron grabada en un trozo de granito, que se ve en el borde del que llaman Mar de Hielo, cerca de Chamounix, esta inscripción:

Pocock et Windham, 1741... algunos años después vieron llegar a otra clase de hombres que, armados de martillo, brújula y otros instrumentos, recogían fragmentos de rocas... En España... por lo que toca a los que en sus viajes llevan martillo, diré que todavía en el año 1817 era prudente ocultarlo y aún así por poco no pasó una noche en cárcel un geólogo novel... Mientras que en otras naciones difícilmente se podrá señalar una sola comarca que no haya sido visitada y explorada con diferentes objetos, hay todavía muchas en nuestra Península, donde ningún hombre consagrado a las ciencias, ningún curioso ha penetrado todavía...».

El placer de la ascensión, el goce de la naturaleza son clásicos: «Nunca como en la soledad de aquel sitio y en el silencio que me rodeaba el espectáculo del cielo estrellado hizo en mi alma una impresión tan profunda, y durante algún tiempo permanecí como en un éxtasis». «Y aun cuando la geología no tuviese ningún atractivo para mí y al encarrarme a aquellas cumbres no llevase otro objeto que contemplar el magnífico panorama que se ofrecía a mi vista, ¿pudiera no contar aquellas horas entre las más gratas de mi vida?... otros eran los móviles que ahora me dirigían: estudiar unos terrenos cuya constitución física y geológica era desconocida». «No es ahora otro mi objeto que destruir la prevención con que se miran los viajes y correrías por nuestras bellas montañas y el desvío con que acaso se mira su estudio... ¡Qué escuela, vuelvo a decir, para el que quiera estudiar la geología, no en las aulas, sino en el gran libro de la naturaleza abierto delante de los ojos!».

Otro gran geólogo que recorre nuestras montañas, Lucas Mallada, escribe, sin embargo, en 1890, tras una larga experiencia de caminante: «Nosotros, que hemos viajado por una gran parte de España, que tantas sierras, tantos barrancos, tantas sendas hemos cruzado, ¡cuántos pobres pastores, cuántos pobres labriegos hemos visto que sólo te-



Las Misiones pedagógicas en camino (1933).

nían en su zurrón unos mendrugos de pan de centeno, duro, negro y de sabor desagradable, como único alimento para todo el día». De este modo, el viaje a la naturaleza en España presenta dos caras complementarias, en las que el descubrimiento del aislamiento y la pobreza de los habitantes de nuestras montañas y el sentimiento de necesidad de justicia social que de él nace, no son menores que la fascinación experimentada a causa de la calidad natural de esas sierras, fácil de apreciar por el talante culto de los hombres que las recorrieron.

El programa de la Institución Libre de Enseñanza es explícito en este aspecto del viaje educador a la naturaleza y contiene todos los elementos del movimiento europeo que hemos comentado. La clase sirve para aprender a trabajar, a encauzar el esfuerzo personal, y las excu-



Misiones pedagógicas. proyección de cine en las Alpujarras (1933).

RESUME

Naturalistes et humanistes de la Renaissance ouvrent un mouvement culturel complet, le voyage à la nature, qui atteint son plus haut degré de développement au dixhuitième et au dixneuvième siècles. Après Jovellanos, Casiano de Prado et Lucas Mallada se relie à la tradition européenne du voyage à la nature. Ce genre de voyage offre deux aspects, celui de la découverte de l'isolement et de la pauvreté des habitants des montagnes, ainsi que la prise de conscience de justice sociale et la fascination que l'on éprouve face aux montagnes et aux régions visitées.

Pour la Institution Libre de Enseñanza, le voyage à la nature est fondamental dans l'éducation. Pour Giner de los Ríos, le paysage constitue un tout indivisible, une unité parfaite.

siones escolares, «elemento esencial del proceso intuitivo», se convierten en actividades fundamentales de estudio y de ejercicio físico: «el goce de la vida rural, la marcha por el campo y la montaña; a veces la permanencia tranquila de aquella o a la orilla del mar». «La sierra vecina, sobre todo, es visitada por los alumnos desde las primeras secciones, ya que la Institución tiene allí desde 1912 una casa refugio». Las excursiones ofrecen «los medios más propicios, los más seguros resortes para que el alumno pueda educarse en todas las esferas de su vida», gracias a la «amplitud de horizonte» que ocasiona ver otros hombres, sentir la naturaleza, amar el territorio, adquirir serenidad, libertad, recursos propios y «el dominio de sí mismo, el vigor físico y moral, que brotan del esfuerzo realizado, del obstáculo vencido, de la contrariedad sufrida, del lance y la aventura inesperados». Junto a ello, la percepción de la amistad, la solidaridad y hasta la ausencia de la casa dan a la excursión el valor de una *Odisea* escolar, como «fuente más pura para la educación del hombre». Como trasfondo está explícita la necesidad de aprender «la unidad y universalidad del saber». El espíritu «alpino» desde Gesner hasta Casiano de Prado, se reúne, por fin, en un programa. Según Xirau, la Institución pronto alcanza a ser en este campo «la escuela más avanzada de Europa», tras el vacío anterior. Las consecuencias de este «descubrimiento», lógicamente, son de escasa extensión, pero de intensa incidencia cultural. Uno de los directores de los viajes escolares de la Institución fue el geógrafo Torres Campos, lo que es expresivo de la calidad de esas excursiones.

Comenta también Xirau la existencia de dos actitudes diferentes frente al paisaje en Cossío y Giner de los Ríos. El primero más contemplativo y el segundo más activo. Para Giner era necesario el goce al

aire libre, andar, recibir el sol, zambullirse en la laguna, integrarse en la naturaleza y convertirla en un centro de la vida. Y que la vida fuera el centro de la escuela, al tiempo que se hace de toda la vida aprendizaje. Para los institucionistas era educador enseñar que las cosas han de ser miradas y reconocidas. La realidad viva no puede ser separada de ese aprendizaje, porque no es suficiente el contacto unilateral con los libros. Por ello, es indispensable «saber ver»: «sólo quien es capaz de ver personalmente algo, puede decir en verdad que lo ha comprendido», escribe Xirau.

Los discípulos de Giner, según Altamira, aprendieron a ver la naturaleza tanto en sus aspectos externos —la estética del paisaje— como en sus organizaciones internas, y «también a respetarla, a ennoblecerla en su consideración y a mirarla como una esencial e insustituible cooperadora de su labor en la vida. Y con esto, Giner puso una nota original, nunca atendida antes, en la educación española».

Para Giner el goce de la naturaleza se extendía a todos los sentidos, el panorama, la temperatura del ambiente, la brisa, el olor de las plantas, los ruidos del agua, las hojas, los pájaros, la agilidad de los músculos, el sabor de las frutas, que preparan el momento de las representaciones libres, más profundo, y del análisis intelectual. El paisaje es más, pues, que una perspectiva: es un «*todo* indivisible», «una unidad perfecta». En él se puede sentir la «impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne», se ennoblecen las emociones, se dilata el horizonte intelectual, se dignifican los gustos y se favorece «el amor a las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la Naturaleza».

SUMMARY

The naturalists and humanists of the Renaissance open a complete cultural movement, the travel to nature, which gets its maximum development during the XVIII and XIX centuries. After Jovellanos, Casiano de Prado connects with the great European tradition on travelling to nature, as well as Lucas Mallada. The travel to nature presents two sides, the discovery of isolation and poverty of the mountain inhabitants, and feeling of social injustice and the fascination experimented in front of the visited lands and sierras. For the «Institución Libre de Enseñanza» the educative travel to nature is fundamental. For Giner de los Ríos landscape is a perfect unity, something indivisible.

Misiones pedagógicas:
proyección de cine en el campo andaluz (1933).



Por eso propugna, tanto «la organización de sociedades alpinas o de excursiones», como, principalmente, que las excursiones formen «parte esencial de la clase misma en vez de ser un complemento de ésta». Los viajes de estudio deben hacerse, por ello, en días de trabajo, pero los que se dediquen incluso a la contemplación o al alpinismo han de considerarse igualmente importantes. «Los trabajos de gabinete... tienen necesariamente que venir después de los trabajos de campo».

Quizás, así pueda también entenderse mejor a Unamuno en Gredos o leyendo *Oberman*, a Enrique de Mesa escribiendo poemas en Sierra de Guadarrama, a Beruete pintando los Alpes, a Bernaldo de Quirós recorriendo la Pedriza de Manzanares, a Fernández Navarro el Valle de Lozoya, a Carandell y Obermaier en Peñalara, a Pérez de Ayala

recordando a Petrarca. Como símbolo, releamos a Machado cuando hace decir a Juan de Mairena: «Si lográsemos, en cambio, despertar en el niño el amor a la naturaleza... tendríamos más tarde hombres maduros y ancianos venerables, capaces de atravesar la Sierra de Guadarrama en los días más crudos del invierno, ya por deseo de recrearse en el espectáculo de los pinos y de los montes, ya movidos por el afán científico de estudiar la estructura y composición de las piedras o de encontrar una nueva especie de lagartijas», como «el insigne Bolívar, cazando saltamontes a sus setenta años, con general asombro de las águilas, los buitres y los alcotanes de la cordillera carpetovetónica». Con otro sentir, cuando murió Giner, escribió: «¡Yunques sonad: enmudeced campanas!.. ¡Oh, sí, llevad, amigos su cuerpo a la montaña, a los azules montes del ancho Guadarrama!». En la Pedriza, un refugio y un cancho del berrocal llevan el nombre de Giner, aunque su existencia y su significado no son casi conocidos.

Finalmente, también nace la conciencia de un país aislado de los bienes de la cultura en su amplio mundo rural, como consecuencia de este acercamiento a los paisajes remotos, y de ella se derivará una nueva y generosa actividad educativa, encabezada por Cossío, Luis Bello, Rodolfo Llopis, Antonio Machado, Pedro Salinas y otros: las «Misiones Pedagógicas». Su cometido no fue sino llevar esa cultura esporádicamente a quienes la lejanía y la pobreza privaban de ella. En 1934, las Misiones habían acudido a casi 4.000 pueblos españoles, en unos viajes de características muy diferentes a los que aquí hemos tratado, pero indicadores del profundo fondo ético que animaba a ambos. Aún así, en actos que incluían el teatro, la biblioteca, el arte o el cine — en la Sierra de la Cabrera o en Somosierra— reaparecía también el «viaje a la naturaleza», siempre educador; en la Baña —escriben los participantes en una Misión—, «la gente se escondía de nosotros, no miraba al hablar, se pasmaba ante el gramófono y gritaba de susto cuando en una película apareció un tren corriendo en aparente dirección de ellos». En la Puebla de la Mujer Muerta, a sesenta kilómetros de Madrid, no conocían el carro. Sin embargo, el espíritu de Gesner llegó quizá al Valle de Arán en 1932, cuando las Misiones proyectaron el documental «La tragedia del Everest», o a Besullo, en Asturias, donde hubo una película sobre «los volcanes de las islas Hawaii». O a Segovia, sobre todo, cuando el cura de La Cuesta, tras su paso, se quedó leyendo el *Emilio* de Rousseau.

ZUSAMMENFASSUNG

Naturalisten und Humanisten aus der Renaissance-Zeit eröffnen eine komplette kulturelle Bewegung, die Reise in die Natur, welches seinen Höhepunkt im 18. und 19.

Jahrhundert erreicht. Anschliessend an Jovellanos, verbindet Casiano de Prado mit der grossen europäischen Tradition der Reisen in die Natur, sowie auch Lucas Mallada. Diese Reisen in die Natur haben zwei Seiten, d.h. die Entdeckung der Einsamkeit und der Bedürftigkeit und Armut der Bergbewohner und eines sozialen Gerechtigkeitsgefühls verbunden mit der Bezauberung, welche die besuchten Landschaften hervorrufen.

Für das Institut der Freien Bildung ist die Bildungsreise in die Natur ausschlaggebend. Für Giner de los Ríos stellt die Landschaft eine unsichtbare Ganzheit dar, eine perfekte Einheit.